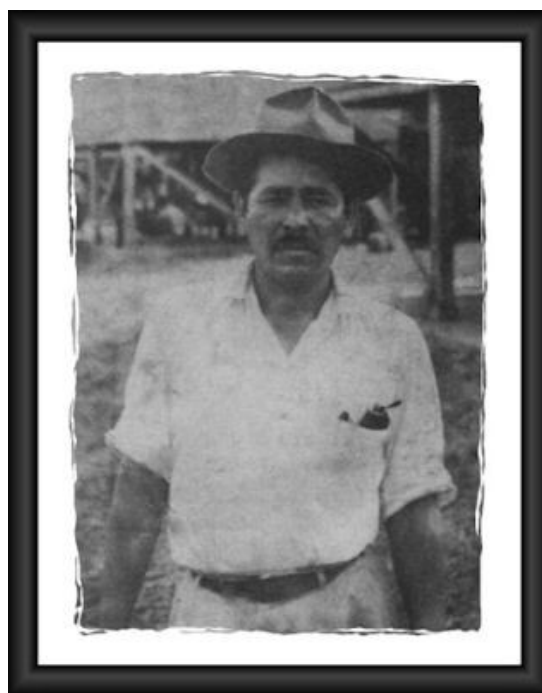




Jose  
melendez  
ibarra  
la  
columna  
liniera

**EDEL**

**JOSÉ MELÉNDEZ IBARRA**  
**LA COLUMNA LINIERA**



**A la memoria de  
CARLOS LUIS FALLAS  
amigo y compañero.**

**en el tercer  
aniversario de  
su muerte.**

*San José 7 de mayo de 1969*

**Versión 1.0 EDEL – Editorial Electrónica**  
**Gracias al Lic. Arturo Fournier Facio por hacer posible esta edición digital**

Esta obra está bajo una [licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 Costa Rica](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/cr/).

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/cr/>



El diseño y diagramación de este libro se comparte con una Licencia Creative Commons para compartir, copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente la obra. Debe reconocer los créditos de la obra, no puede utilizarla para fines comerciales y no se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de la misma.

## Casi un prólogo

Ediciones "Revolución" en su colección "40 Aniversario" incluye este trabajo de José Meléndez Ibarra sobre un suceso acaecido en vísperas de la guerra civil de 1948, contado con llanera, sin pretender, por dicha, la fabricación de literatura.

Posiblemente esta es la causa de que leamos su obra de una sola vez. Las cosas vividas y narradas con naturalidad interesan siempre. Son las más alejadas del bostezo.

Habernos varios que escuchamos en ciertos pasajes de "La Columna Liniera" ecos del encanto de los relatos de Carlos Luis Pallas. No es extraño: Calufa y Meléndez han sido hombres del pueblo resueltos un día a escribir —recordar, contar observaciones, pintar la vida absorbida por todos sus poros— y resultan amenos, interesantes y escritores de verdad.

Debe estimularse a Meléndez Ibarra a crear. Nuestro partido tiene el deber de cumplir con sus afiliados el papel del jardinero entre los arriates: hacerlos florecer. Esta edición demuestra que se le cumple,

La lucha de 1942 a 1948 en favor de una legislación social avanzada, por la reforma de las relaciones entre patronos y obreros, contra el nazifascismo y el robo de las riquezas nacionales, —para darle, en resumen, al pueblo un bollo de pan más grande y un poco más de libertad,— aún no se ha escrito. Culminó en la guerra civil de marzo-abril de 1948. De esa etapa histórica los jóvenes no dominan más que fragmentos adulterados, después de la implacable mordaza que por cuatro lustros se le impuso a los vanguardistas, figuras estelares del acontecer. Toda esa maraña de calumnias contra Vanguardia Popular, sin derecho de réplica, se disipará totalmente. La mentira es débil de por sí. La que cubrió a nuestro partido durante veinte años se diluirá como se diluye la tiniebla de la noche ante el perenne remontar del sol.

Calor y luz de día hay en el relato de Meléndez Ibarra. La mano obrera tecló para contar lo que vieron sus ojos y sintieron sus sentidos marchando bajo el sol.

Obreros agrícolas de las plantaciones de la *United Fruit Co.*, jornaleros del campo, pequeños campesinos, a cuya cabeza iban Carlos Luis Fallas y Eduardo Mora, se pusieron en marcha desde la costa hasta la capital para decir que juraban defender hasta la muerte los avances sociales conquistados por la clase trabajadora en años y años de lucha heroica.

Ofrecían su vida por lo suyo, por lo propio, por lo que habían conquistado bajo el ondular de trigal al viento de las banderas de Vanguardia Popular. Hacían la promesa en el gigantesco escenario de la selva, los ríos, el mar, las aldeas perdidas al sur, las

estrellas guiándolos como a nuevos reyes magos que anunciaran el futuro nacimiento de otra aurora.

Semanas más tarde centenares de "linieros", de éstos que Meléndez Ibarra nos presenta aquí olorosos a vida, entraban a la muerte en la guerra civil del 48. Tuvieron palabra.

Están bajo el verdor tierno de las sepulturas improvisadas. No son cadáveres. Tienen la fuerza de las semillas.

**Adolfo Herrera García**

# I

Eran los días en que la reacción atacaba reciamente la Reforma Social y en las altas esferas se hablaba de derribar al Gobierno de don Teodoro Picado. En las plantaciones bananeras, en cambio, los trabajadores se mostraban inquietos, pero en sentido contrario: su deseo era mantener al Gobierno de don Teodoro. Pero, ¿cómo hacerlo? Sólo el Partido podía dar la orientación. Se comentaba con insistencia y hasta con ansiedad: "¿Qué pasará con el Partido?"

Realmente estábamos preocupados: pero, un día del mes de setiembre del año 1947, empezando la noche, por el cuadrante de la finca "Guanacaste", circuló inesperadamente la noticia de que "Calufa" estaba allí. Delirantes de entusiasmo todos los trabajadores corrimos en su busca. Y de verdad que ahí andaba el dirigente. Al dar con él, a coro, saltó la pregunta: ¿"Qué nos traes?".

—Compañeros —dijo Fallas, que ya estaba rodeado por hombres y mujeres— vengo para hacer un recorrido por las fincas de "Esquinas". Se trata de que el Partido ha resuelto que una columna de obreros bananeros y de campesinos pobres, marche a pie desde el sur del país hasta la capital y asista a la celebración del 12 de octubre en San José, para manifestar así su apoyo al Presidente Picado y a las Garantías Sociales y al Código de Trabajo.

Todos nos pusimos en movimiento y se eligió el Comité encargado de organizar la salida.

—Bueno, muchachos, —dijo Calufa— me voy porque tengo que amanecer en las fincas de "Palmar". Pienso visitar esta misma noche la finca Seis.

—Un momento, amigo —sonaron las voces al mismo tiempo— usted no se va sin comer.

—No puedo —contestó— me coge la noche.

—¡Hum! ¡si ya es de noche! —coreamos.

—Bueno, aquí no mandas vos. Aquí mandamos nosotros. A comer, amigo y nada más —añadió alguien con energía.

Mientras preparaban la comida para Fallas, los trabajadores comentábamos con fervor y se oía repetidamente la misma pregunta: "¿Vos vas a ir a San José?". "Claro, hombre, eso no se pregunta".

—Un momento —intervino Fallas— todos no pueden ir; tiene que quedar gente para hacer los trabajos de la finca.

—Bueno, eso lo verá el Comité —se le contestó.

Mientras Fallas comía, unos cuantos compañeros rasgaban las guitarras alegremente y "se echaban" tonadas patrióticas y vivas a "Vanguardia Popular".

Cuando fue tiempo, interrumpió Chico Cortés:

—Hombre, acuérdense que desde aquí, de finca "Guanacaste", hasta "Cacao", es pura montaña y que el tigre hace sus "cruces" de vez en cuando; no vaya a ser la mala casualidad que se encuentre con el hombre y bueno... pues que no sabemos qué puede pasar.

—Me voy solo —dijo Calufa.

—Nada; irá una comisión a dejarte hasta "Cacao". A ver, de los más machos, que den un paso al frente —gritó Cortés.

Todos dimos el paso al frente.

—No es posible, todos no pueden ir. Organizaremos una comisión. Yo, Chico Cortés, a la cabeza, que me siga Silva, vos Pedro y vos Félix, vos, vos y vos. Muy bien, listos, ¡viaje!

Hasta la línea vinieron hombres y mujeres a despedir a Calufa.

—Ya saben, compañeros, primero la vida que el hombre —recomendó el Secretario General del Sindicato en la finca.

—No tenga cuidado, mi jefe —respondió Cortés con una sonrisa.

Y emprendieron la marcha. Los hombres parados en la línea alumbraron con sus focos hasta allá cerca del teléfono de Jalaca, donde comenzó a desaparecer la comisión y Calufa, tragados por la oscuridad de la montaña que allí comenzaba.

—Que Dios los acompañe —musitó una mujer.

—Amén —contestó otra.

Y todos emprendimos el regreso a los campamentos.

—Bueno, muchachos, les propongo que señalemos de una vez a los que van a ir. Ya saben que no pueden ir todos. Vayan pasando por acá: uno, dos, tres, hasta llegar a

treinta. No olviden que el día del viaje, antes de que'l tren pite en la curva, todos deben estar listos en la línea —dijo uno, que habíamos nombrado Presidente del Comité de Viaje a San José.

Entre cuatro y cinco de la mañana regresaron los que habían ido a dejar a Fallas. Los recibió el Secretario General del Sindicato.

—¿Qué pasó? ¿Cómo salieron las cosas? —preguntó.

—Todo salió bien, mi jefe, el hombre quedó en "Cacao", en la ranchería de finca uno, en el rancho donde por cierto Raúl Leiva, Chiriquí y otros, tiraban el "sardo" (jugaban dados).

—Ustedes tienen que trabajar hoy y vienen muy cansados, compañeros.

—Sí, hechos leña, pero teníamos que cumplir con el deber de compañeros y con el deber del Partido. No podíamos permitir que Fallas se fuera solo, de noche, expuesto a todo en esa montaña.

## II

La noche anterior al día del viaje a San José los comités de todas las fincas bananeras daban sus últimas órdenes organizativas. Así lo había acordado el Comité de la Federación de Trabajadores Bananeros.

En finca Guanacaste los trabajadores, reunidos en grupos después de la sesión del Comité, alumbrándose con mechones metidos en botellas llenas de "disel" (en ese tiempo no había luz eléctrica en los cuadrantes), hablaban expresando su confianza en la capacidad "del Partido" —Vanguardia Popular— para dirigir la defensa de las Garantías Sociales y del Código de Trabajo. Mientras, los que iban para San José, por recomendación del Comité, encargaban a las mujeres que debían de preparar algunos alimentos para llevar. Estaba lista para salir la columna liniera, de la zona bananera, a San José, a pie.

Las mujeres con rápidos movimientos a las 3 de la mañana, de un lado a otro en las cocinas chorreando el café, moviendo la "burra" en los peroles para que no se quemara; calentando el pan; otras hacían tortillas; algunas freían "rebanadas" de plátanos; los hombres también estaban activos: se bañaban, se rasuraban; otros ya estaban desayunándose con su buen plato de "burra" y café calentitos; en fin, los viajeros se preparaban para un viaje largo y duro.

El tren que nos reuniría con los demás integrantes de la columna, pitó "por la curva" antes de la hora en que se le esperaba. De todo el cuadrante surgió al mismo tiempo el alerta: "¡El tren, el tren, el tren!" Hombres y mujeres corrían hacia la vía férrea; unos para tomar el tren y otros para despedirlos. "¡Clin, clin, clin, foogrr, foogr, foogr!" El tren estaba frente al cuadrante. Venían varios carros con trabajadores de las otras fincas del Ramal de Esquinas, que saludaron a sus compañeros de finca "Guanacaste" con un estruendoso aplauso y un poderoso ¡Viva "Vanguardia Popular"! De uno de esos carros saltó "Calufa" al suelo. Rápidamente, la gente lo rodeó y le contaban muy contentos del "ajeteo de la madrugada". Y vos ya tomaste café, preguntaron algunas mujeres a "Calufa". —"Sí, compañeras, ya tomé", —contestó Fallas. "¿No nos estás engañando?", insistió una. "Si no hubiera tomado café, yo se los diría compañeras", volvió a decir Fallas. Y haciendo un esfuerzo alzó el brazo enérgicamente, al mismo tiempo que decía: "¡Arriba compañeros;" Ya extendía el brazo Fallas para dar al maquinista la orden de partida, cuando alguien gritó: —"Un momento, falta el Presidente del Comité". Siguiendo la dirección que con el dedo señalaba, se miraba a un hombre que salía de un excusado metiéndose la camisa al pantalón y amarrándose la faja precipitadamente. Corriendo de un lado a otro salió del campamento con un paquete en las manos y en la carrera abierta llegó al tren. Fallas, que lo seguía con la mirada, al tenerlo de cerca, con una sonrisa picaresca le dijo: "¿Cómo puede ser posible que al Presidente del Comité lo haya encontrado en esa "tarea"? Ambos subieron al mismo carro y el tren partió, flameando las banderas de Costa Rica y del



Partido Vanguardia Popular, cuyas astas cruzadas entre las rejas de hierros de los carros apoyaban los trabajadores con sus propias manos. El tren corría vertiginosamente. Fallas vigilaba de un lado a otro y de vez en cuando hacía señales indicando a los compañeros que iban en las puertas de los carros que no sacaran la cabeza. Llegó el tren a Cacao. Mientras el conductor pedía orden al "despacho" para continuar la marcha, un grupo de trabajadores se embarcaba portando banderas de Costa Rica y la bandera del "Partido". Saludaban a sus compañeros moviendo de un lado a otro el puño en alto; los que estaban en los carros les tendían el brazo y de un tirón estaban arriba entre risas y bromas. En Finca 6 otro grupo subió al tren. En Finca 5 esperaban también los trabajadores de Finca 7, 8, 13 y 14. Allí había un pelotón considerable que comenzó a invadir los carros vacíos y a rellenar los que ya tenían gente, subiendo por todos lados, saludándose los viejos conocidos, viviendo el Código del Trabajo unos, y otros viviendo al Partido Vanguardia Popular. En medio de todo aquel fraternal alborozo avanzaban hacia el tren 4 mujeres, entre ellas "La Chepa Pollo" (Josefa Pérez —de nacionalidad nicaragüense—). Era muy conocida y apreciada por sus luchas en defensa de los derechos de la clase trabajadora, especialmente de los trabajadores bananeros. Fallas le salió al encuentro y como buenos compañeros de lucha, primero se dieron la mano y después un enorme abrazo y luego saludó a las otras 3 compañeras. Caminando en medio de las 4 mujeres, Fallas daba órdenes para que el embarque se hiciera pronto. Y volviéndose a ellas les dijo: —"No creí que vinieran con nosotros". "No debes extrañarte", dijo la Chepa. Y agregó: "Nosotros somos vanguardistas y como buenos vanguardistas moriremos en el Partido, si fuere necesario. Ustedes no podían ir solos, tenía que ir con ustedes por lo menos una mujer y vamos cuatro. Ahora vos harás de padre de los muchachos y nosotras de madres. Mientras me subo agárrame el "paniquín" —lo traje de Nicaragua—. "Con cuidado porque allí llevo el "comestible" y llevo las cajetas que a vos te gustan, de rosa y de zapote".

El tren continuó su marcha. Fallas hablaba y comía lentamente las cajetas de "rosa" que ya le había regalado La Chepa. En las fincas 4 y 3 nuevos grupos de trabajadores subieron al tren y un poco más allá de "La Boca de la Trocha" se embarcaron trabajadores de fincas 9, 10 y 15. En finca 11 se embarcó el último grupo de obreros bananeros de Esquinas. Entre 7 y media y 8 de la mañana llegó el tren al "muelle de materiales" de finca 17... ¡Todo el mundo abajo!, decían los mismos trabajadores y saltaban del tren cantando, silbando, dándose bromas. Saludábase los que no se habían podido saludar a la hora de embarcarse y que eran viejos conocidos y compañeros de trabajo. Allí se encontraban los obreros de las fincas de los Webb, los de Palmar y los campesinos pobres de Puerto Cortés, dirigidos por Eduardo Mora, que habían llegado a pie una media hora antes. Inmediatamente, con pedazos de tablas colocados sobre piedras, se improvisó una tribuna desde la que debía de hablar Fallas. Al terminar el caluroso aplauso, Carlos Luis comenzó su discurso diciendo que nos transmitiría las recomendaciones y disposiciones del Partido. "El Partido les pide que mantengan la mejor disciplina y fraternidad entre ustedes; que no tomen ni un solo trago en todo el tiempo que dure esta jira; que sean respetuosos y amables con las gentes de las ciudades y pueblos por donde pasemos. El Partido les

recomienda que no respondan las provocaciones de palabras de los enemigos políticos para no darles la oportunidad de que nos hagan incidentes molestos; si en San José los enemigos intentaran llevar las cosas al terreno de los hechos, el Partido les dará las instrucciones y tratará de conseguir los medios necesarios para la defensa. El Comité del Sindicato, a petición de muchos compañeros, aceptó que ustedes lleven sus "rulas" como instrumento de trabajo y no como armas para amenazar y menos para atacar a nadie. Cada Comité es responsable de la gente de su finca y todos deben acatar las órdenes de sus comités. Continuaremos el viaje embarcados hasta Dominical. El regreso lo haremos por Puntarenas".

Cada recomendación era aprobada con sonoros aplausos y vivas a Vanguardia Popular... Y ahora a contarse para saber cuántos vamos, uno, dos, etc., etc.. 1600 hombres y 4 mujeres.

Fallas terminó de darnos las instrucciones del Partido. Luego comprobó personalmente el número de integrantes de la columna. La orden de abordar la embarcación fue por fin recibida: sería el único trecho que no haríamos a pie. En un decir "amén" estuvimos encaramados a bordo. Calufa, desde tierra, giraba las últimas recomendaciones. Después, subió él.

—¿Listos?

—Listos —respondió el capitán.

Ahora se oyó la campana de mando. La máquina, en estrepitoso ruido, se puso en movimiento, y nosotros saludamos con gritos y gran alegría. La nave se movía lentamente. Otra vez la campana, y en lento bum-bum-bum, se tomaba dirección hacia la salida. Estaba terminando la maniobra de despegue. Aquí la campana sonó con nueva energía, y la barcaza se deslizó suavemente sobre las aguas serenas del Río Grande de Térraba. La marea, en creciente, apenas se movía con una brisa leve. El sol era radiante en la hermosa mañana. El Térraba, hecho una ondulada sucesiva, corría a tocar el follaje de los árboles, que se inclinaban para besar al río: el ambiente estaba perfumado con el aroma de la selva.

### III

Habíamos tomado ya nuestros puestos: unos a babor, otros a estribor y en la popa; todos contenplábamos la naturaleza que nos circundaba. Fallas, con un pie en la regaba, miraba, desde la proa, hacia el infinito. A su lado, Eduardo Mora, que por aquella época, siendo todavía un jovenzuelo, dirigía el Partido en la Zona Bananera del Sur, conversaba con un grupo de compañeros. Fue Mariano Cerna Gaitán (Masaya), quien, volviéndose, gritó a Fallas:

—;En qué pensás, Calufa?

—Pienso en el día maravilloso en que los trabajadores conquisten definitivamente el mundo —dijo Fallas enfrentándose al grupo.

—¿Conquistar el mundo? —dijo Masaya, meditando.

—Sí compañeros —aclaró Calufa—; no hay empresa, por grande y dura que parezca, que la clase trabajadora no pueda acometer y vencer, Organizados y unidos, todos los trabajadores son poderosos, invencibles y capaces de conquistar el mundo...

Los linieros estirábamos el pescuezo tratando de captar las palabras de Fallas. En tanto, la nave caminaba velozmente. Era necesario ganar tiempo para desembarcar en Dominical con buena marea, a fin de reanudar la marcha a pie, esta vez hasta la capital.

Navegábamos serenamente: íbamos a favor del movimiento de las aguas y la casi pleamar estancaba todas las corrientes.

Ya cerca de la "boca", se oyó el rugido de la "barra". Divisamos la "humazón" formada por el agua al cortarse con el viento en las empinadas olas. La campana volvió a llamar. Era la voz de mando del piloto pidiendo más fuerza. La máquina aceleró. Todos buscamos cómo protegernos: nadie ignoraba que la "barra" es brava, por quieta que esté, y que echársele encima significa mucho peligro.

Fallas, como siempre, atento a todo, ya emitía órdenes precisas de seguridad. Daba vueltas por la cubierta y situaba a la gente. Las cuatro mujeres en el lugar de menos peligro. Luego, se apostó cerca de la cabina del piloto.

Nos sacudió el encuentro de la nave con las olas. Se oía la campana del piloto sonando con insistencia; ya reclamaba aumento, ya disminución de la fuerza. Y es que la entrada a la "barra" hay que saberla sortear; de lo contrario, resulta muy fácil ir a dar al fondo con todo y barca. Por fin empezamos a surcar olas debilitadas. Pero entonces vinieron los momentos más emocionantes:

"¡A cruzar el lomo de los tres últimos machos de agua de la "barra"! Se trataba, por supuesto, de la parte más peligrosa.

"Viene... viene el primero". Nos levantó por la proa, arrojó enormes escupitajos y la lancha se precipitó al abismo desde la misma cresta de la ola. Todo traqueteó a nuestro alrededor. Estábamos listos para el segundo "macho" de la "barra". Había que embestir de frente. "Adentro Capi", gritamos todos. Y la embarcación le entró al segundo. Volvimos a salir. Mojados, nerviosos, pero contentos. Y vino el tercero. Aquí la nave fue cruzada con hábil maniobra del piloto, de modo que cayó desde lo alto como resbaladita, sin mayor estrépito, ya mar adentro.

Nos dispusimos a buscar la Playa de Dominical. Un ligero cabeceo de proa a popa; el mar se aparecía sereno y reluciente, como vestido de fiesta. Allá se veía Dominical. ¡A toda marcha!

Poco después, estuvimos fondeados cerca de una pequeña punta rocallosa. Otra vez Fallas, moviéndose de un lado para otro, ahora organizando el desembarco con el capitán. Bajaron los botes al agua. Se dio la orden de que primero descendieran las mujeres. "Mucho cuidado con la Chepa", dijo algún liniero. La Chepa pesaba como 250 libras. Todos nos preparábamos con gran rapidez para ocupar los botes; unos se tiraron a nado.

—No se tiren, compañeros —gritaba Calufa. Pero no le hacían caso.

Ya en tierra, Fallas reprendió a los compañeros que se habían lanzado a nadar.

—Hombre —protestaron ellos—, vos hablas de que los trabajadores vamos a conquistar el mundo entero, ¿por qué no podemos cruzar a nado esta lengüita de mar?

Comprobado que no faltaba nadie en la playa, nos organizamos para preparar el café y un "gallo". Luego continuaríamos hacia San Isidro de El General, con rumbo a San José.

En Playa Dominical no sólo comimos unos gallos, sino que cenamos y dormimos, porque había que esperar a los compañeros que venían de Quepos en otra lancha. En dos estañones se hizo la comida. Fallas era el jefe y daba órdenes y gritos, pero no resultó buen distribuidor y, por fin, en medio de carajeadas, hijueputazos y "puyas", nos abalanzamos sobre los estañones. Uno de todos perdió el equilibrio y regó un montón de comida: aquella deliciosa sopa de verduras, carne y arroz. Por eso, entre varios, resolvimos darle un golpe de estado a Fallas y nombrar en su lugar a Eduardo Mora; a partir de entonces, hubo un perfecto orden de filas, con jefes de cinco en cinco, y sólo se le daba de comer a quien tenía disciplina. Todos la procuramos.

Los compañeros de Quepos llegaron a Playa Dominical durante la noche y, para que desembarcaran, quemamos unas llantas viejas que había botado una empresa extranjera en los tiempos de la segunda guerra mundial. El incendio de las llantas, colocadas en semicírculo, dio luz al desembarco y también sirvió para impedir la invasión de millones de bichos que, de otra manera, nos habrían alzado en peso.

Los de Quepos desembarcaron en medio de vivas al Partido, vítores patrióticos y gran alegría. La playa estaba hermosamente iluminada por las llamaradas. Todos nos podíamos ver el rostro perfectamente. Desde el torbellino humano, formado por los linieros, se alzaban agitadas las manos saludando a Fallas y a Eduardo Mora; los viejos conocidos se les tiraban encima para abrazarlos. Fue, en uno de esos instantes, cuando Fallas, muy conmovido, le dijo a Mora:

—¿No te recuerda esto aquellas históricas marchas de los esclavos que luchaban para liberarse del estado esclavista romano?

—Indudablemente —contestó Eduardo—, los costarricenses tendremos que realizar muchas marchas más para defender nuestras libertades y sacudirnos el dominio de los monopolios de los Estados Unidos...

El intercambio de impresiones entre los dos camaradas fue interrumpido, desde luego, por el movimiento de los linieros. Todos teníamos algo que contar acerca del éxito de la marcha de la columna.

Finalmente, platicando y caminando, nos acercamos al lugarcito de la playa que esa noche nos serviría de lecho. Pasada la emoción revolucionaria del momento del desembarco de los nuevos compañeros y, ya arrodajados en la pura arena, nos fuimos reconociendo mejor los amigos y compañeros de trabajo: en la columna de Quepos venía gente de las fincas de "Parrita", de la de "Damas" y del "Ramal de Naranjo": Pedro, Talí, Isaac, Justo y otros antiguos linieros.

Chistes y anécdotas se sucedían uno tras otro. Nadie quería que darse sin participar en esa noche de regocijo y camaradería. Fallas y Eduardo, cerca uno del otro, escuchaban atentos. A veces son reían, otras se carcajaban, según el caso.

Poco a poco, los mil y pico de hombres nos fuimos acomodando para dormir: cada uno en el lugar de la playa que mejor le pareció, sin alejarse más allá de la parte iluminada. Organizamos la vigilancia. Felizmente, las llantas nos dieron muy buen rendimiento. Puede decirse que pasamos una noche tranquila y que el poco tiempo que dormimos lo hicimos profundamente.

A las dos de la mañana salimos de las Playas de Dominical hacia San Isidro. El clarín, Solano, nos despertó lanzando al aire los acordes de la última estrofa del Himno del Partido.

Inmediatamente, todo el mundo estuvo de pie y nos organizamos en grupos según la finca; nombramos a los responsables de cada conjunto y emprendimos la marcha. Llenos de entusiasmo, nuestro himno iba cobrando fuerza en todas las voces:

*"Con Vanguardia, con Vanguardia con Vanguardia Popular  
están los hombres que quieren forjar una patria feliz de verdad.*

*Nada importa lo que pase; nuestros nervios templados son al fuego.  
Vamos a hacer una Patria mejor donde no haya miseria y dolor.*

*Cada golpe una victoria; avanzamos con el vigor del pueblo.  
Ni un paso atrás ¡Adelante a luchar por Vanguardia Popular!*

*¡Adelante, camaradas!  
¡Adelante los héroes del trabajo!  
Ni un paso atrás. Adelante a luchar con Vanguardia Popular!"*

Eduardo Mora, Solano y otros linieros avanzaban a la cabeza de la columna. Mora cargaba una mochila con pastillas, yodo, gasas, etc., por si llegaba a ser necesario.

A la retaguardia de la columna venían Fallas, Juan José Ceregatti y otros dirigentes del Partido y de la Federación de Trabajadores Bananeros en la Zona Bananera.

Habíamos acampado bastante retirados del Río Barú, lo cual dificultaba el aprovisionamiento de agua; en consecuencia, nos vimos obligados a usar la que traíamos en garrafones solamente para cocinar. El problema creado por la escasez fue resuelto cuando unos cuantos hombres subieron a los palos de pipas y bajaron una buena cantidad. Obtuvimos entonces bastante agua potable y deliciosa... Tomábamos agua de pipa y charlábamos. En eso Fallas dijo: "Es bueno que los muchachos aprendan a distinguir los toques de la corneta". Todos aprobamos la idea.

En seguida no más, Solano, que era el "corneta" oficial de la columna, ejecutó los toques. Con gran maestría adaptó esta llamada: "¡Adelante, camaradas! ¡Adelante los héroes del trabajo! ¡Ni un paso atrás. Adelante a luchar, con Vanguardia Popular!" (La última estrofa de nuestro himno). Cerca del mediodía, bajo el sol ardiente, esa llamada daba aliento a los rezagados, los hacía avanzar, y a los que iban a la cabeza los empujaba más hacia adelante.

Antes del amanecer, mientras hervía agua para chorrear el café, estuvimos practicando las llamadas de corneta. Hasta la "Internacional" la ejecutó Solano: ¡Qué buen cornetilla!

Empezamos la caminata muy temprano y a paso rápido para "lograr la fresca". Como a las tres de la mañana, estábamos cruzando el Río Barú, dejamos la pequeña planura paralela al cauce y comenzamos a subir por el costado de la cordillera, de donde

viene el camino. Varios compañeros habían tropezado dando de bruces en el agua, al atravesar el río; por eso venían empapados.

Las mujeres marchaban a la pura retaguardia, como medida de precaución. Eran cinco: "La Chepa Pollo" (Josefa Pérez), Obdulia Pizarro, esposa de Guillermo Carvajal; la "Chita", hermana de los marimberos de Puerto Cortés; una a quien llamamos "La Chiquilla" y otra compañera de finca 5.

En el momento de salir la primera brigada alguien dijo: "Tengan cuidado, no se olviden que en los recodos del camino se pueden encontrar al tigre".

—¡Aja! Déjenmelo a mí para voltearle el cuero al revés a ese jodido —dijo el nica Justo López ("Chancho e' monte"), y todos reíamos con su fanfarronada.

## IV

Caminábamos en silencio aquella madrugada semioscura. Sólo se escuchaba, de vez en cuando, el *juaaa* del viento que mecía las copas de los árboles y el *buuun, buuu* del paso firme de los limeros en las partes donde la carretera está flanqueada por altos paredones, discurriendo en medio de montañas neblinadas. Por eso, aunque la serena madrugada empezaba a ser clara, no podíamos distinguir los objetos más allá de la propia carretera. Avanzábamos a la expectativa, con las "rulas" listas para repeler a tiempo el ataque de cualquier animal capaz de hacernos daño. Si a un tigre se le hubiera ocurrido cruzarnos el paso, indudablemente que hasta los pelos le hubieran quedado en pedacitos.

Al fin el sol iluminó el espacio con la suave luz de la mañana. Pudimos ver que la columna, salida de las Playas de Dominical en brigadas separadas, ya venía compacta. A la cabeza marchaban: Eduardo Mora, con su mochila en la espalda, Solano con la corneta y "Palo di'ule" llevando la bandera roja del Partido muy en alto: seguía las ondulaciones de la carretera semejando una enorme columna vertebral. (Igualmente, los campesinos y el pueblo trabajador explotado, constituyen la columna vertebral de la revolución, y el Partido, el cerebro dirigente de las masas conscientes).

Comenzamos el ascenso hacia las mayores alturas de la cordillera y también empezó a oírse el *uffff, uffff, uffff*, que ahuyentaba el calor producido por la fatiga; se podía ver hombres con las camisas abiertas y algunos ya sin ellas.

En pleno día, corríamos esparcidos a todo lo ancho de la carretera: marchábamos compitiendo. Habíamos llegado a un lugar donde se encontraban finquitas por esto lado y por el otro. De pronto, saltaron algunos para cortar guayabas de los palos de la cerca.

—Alto, compañeros, se les dijo que no tomaran nada ajeno en el camino —gritó Fallas.

—Si son guayabas —contestaron los otros.

—Sí, pero ajenas —replicó Calufa—. Ustedes cortan dos guayabas y los reaccionarios dirán que los comunistas se robaron dos vacas.

—Bueno..., bueno, está bien... adelante —aceptaron los del incidente.

Continuamos avanzando con gran ímpetu. Se escuchaba la corneta: "Adelante camaradas" La columna respondía: "¡Viva Vanguardia Popular" La llamada venía de la cuestilla de "Tinamaste". Poco a poco fuimos llegando a la cumbre de la cuesta, donde encontramos a Mora con la cabeza inclinada sobre las rodillas. "Palo di'ule"



sosteniendo la bandera con la mano izquierda y la derecha apoyada en la cadera, mirando venir a la columna, Solano recostado contra un poste de la cerca, "Galletón" en cuclillas, "Ronchón" con los dientes pelados y "Güirila" acostado a todo lo largo, sobre el zacate. A ese grupo, jamás pudimos pasarle en toda la jira.

La sed abrasaba. Masticábamos hojas para mitigarla. Buscaban los ojos ansiosos el lugar bendito dónde encontrar agua... "Allá", dijo Juan José Ceregatti. Primero un grupo y después otro, nos dirigimos al lugar. Era un rancho bajito, desplomado casi. Llamamos y contestó una vieja, sacando la cabeza por el boquete que hacía de puerta.

—¿Dónde encontramos agua, señora?

—Aquí tengo un poquito —contestó ella—, mostrando una cafetera esca rapelada, toda arrugada y ahumada.

—Pero si con este poquitico de agua no bebe ni una persona... Díganos dónde está el yurro.

—Allá —indicó la viejita, señalando un precipicio.

—Allá vamos —dijo Ceregatti.

Y comenzamos a descender; algunos de nalgas... "Agárreme, compañero, que me voy al guindo". Al fin llegamos a una hermosa quebrada de agua fresca y abundante. Nos tiramos a beber y bebimos a lo animal, hasta eructar. El regreso fue un poco fastidioso con el cargamento de agua adentro. Volvimos de nuevo a la carretera y seguimos la marcha. Derramamos gracias sobre aquella anciana.

El sol estaba a medio cielo cuando subíamos el "Alto de San Juan", el más elevado pico de la carretera de Dominical a San Isidro. La piedra suelta de la carretera dificultaba el paso. Cada resbalón nos tiraba para atrás y para adelante; el dolor en el extremo de los dedos, en todo el pie, no se aguantaba. Daban ganas de caminar con los dientes. ¡Diablos, qué pedregal! El calor era sofocante. Todos jadeábamos cuesta arriba. Eduardo, adelante, nos animaba: "Avancen, compañeros, arriba compañeros" y la corneta parecía decirnos: "Adelante, camaradas". No hemos vuelto a oír toques de corneta tan vibrantes: a veces hasta el cansancio nos quitaba. Nos olvidábamos de las malditas piedras sueltas de la carretera, nos olvidábamos del dolor de los pies; sudorosos, acompasados, seguíamos a la cumbre de la cuesta, con las gargantas secas. Zumbaban los "sentidos", el corazón trabajaba desesperado, quería descansar, pero solamente le dábamos tregua de vez en cuando: una aspiración profunda y adelante. Ya era tarde y el camino se presentaba largo...

En el "Alto de San Juan", tuvimos el problema de la falta de agua. No acertábamos a descubrir el yurro salvador. Unos naranjos al lado, cargaditos de bolas de oro, bajitas las ramas; todos los miramos con buenos deseos. Pero Fallas estaba a la par del

tronco de uno de los árboles. En definitiva, nadie se atrevió a appearlas. A continuación de la cerca seguían potreros y allá abajo se veía pequeña una casa. "Uno que vaya a comprar naranjas", sugirió Fallas. "Yo, yo", se escuchó en coro. Dos avanzaban cuando apareció un hombre por el trillo. Inmediatamente Calufa se dirigió a él preguntándole si era el dueño de la finca, para que nos vendiera naranjas: "son para la sed de los muchachos". Aquel hombre se mostró muy condescendiente: invitó a beber agua fresca en su casa, a los que necesitáramos y también dijo que si queríamos naranjas podíamos cortar las que gustáramos. Efectivamente, él era el dueño de la finquita. Las frutas fueron racionadas por Fallas.

Según nos contó el buen hombre, había subido a la carretera atraído por las medidas de organización y las voces altas de los limeros que venían menos cansados. El se había imaginado que la reacción que hacía oposición al Sr. Picado había resuelto comenzar la lucha armada para tomar el poder y que el Comandante del grupo era algún militar importante de la reacción. Pero cuál había sido su sorpresa al enterarse de que aquella gente venía comandada por Carlos Luis Fallas y Eduardo Mora: todo lo contrario a lo que se llamaba "la Oposición Nacional".

Fallas le explicó las cuestiones políticas de esos días y el hombre pareció entender la cosa. Después de observar durante un buen rato a los linieros, regresó a su casa con un "Adiós, muchachos".

Entre tanto, nuestra gente había llegado al "Alto". Comentamos la valentía de las mujeres. La más cansada era la pobre Chepa: hasta que estaba morada, empapada en sudor, con el abdomen que parecía un fuelle subiendo y bajando. Las otras también estaban cansadas, pero se mantenían más sosegadas. ¡Cómo se sentiría la pobre Chepa! Me acuerdo cómo nos sentíamos los menos gordos dando vueltas y vueltas sobre aquella interminable carretera, llena de cumbres elevadas, que parecía despedir llamaradas abrasadoras.

Bajo ese sol endemoniado, a un grupo de los que habíamos participado en las conversaciones de organización de la columna, se nos ocurrió hacer reclamos a Mora y a Fallas. Mora había trazado y discutido, con la Dirección del Partido, los planes y cálculos de la marcha de la columna. De acuerdo con eso, de Domicinal a San Isidro habríamos cubierto la distancia en seis horas y a lo más en ocho. Debido a nuestro cansancio, empezamos a creer que se nos había engañado. No era para menos, veníamos caminando duramente desde las dos de la madrugada y eran aproximadamente las dos de la tarde cuando apenas divisamos San Isidro. Desde "El Alto de San Juan", allá lejos, en una planura rodeada por altas cordilleras, que se recortaban a la altura del cielo, se veía el pueblito bajo un manto azulejo.

Mora nos explicó la falla. Dijo enfáticamente, y para terminar con las protestas, que sencillamente él se había equivocado, Luego Fallas justificó el error de Mora relatándonos que éste, en su época de colegial, se destacaba como un buen montañista y que ese mismo trecho lo había recorrido en las seis horas calculadas. El problema

consistía en que la movilidad de un solo individuo no era igual a la de una columna compuesta por varios centenares de hombres sin ropas apropiadas, de climas muy cálidos, y entre los que venían algunos muy débiles. (Por cierto que esta experiencia fue muy útil más tarde, durante la Guerra Civil, para calcular la movilidad de las columnas milicianas). Terminada la explicación, continuamos nuestro camino: "Adelante, siempre adelante".

El descenso del "Alto de San Juan" fue más penoso que el ascenso. Los zapatones de suela clavada con "chimbolos" resbalaban incesantemente en la piedra suelta de la carretera y maltrataban mucho los pies. No eran pocos los linieros que terminaron camino abajo sobre las nalgas. A cada caída sucedía una tanda de carcajadas y frases de animación. Por ejemplo: "Párese compañero; no le peguen en el suelo, carajo". Muchos, tratando de levantarse se volvían a caer y por fin había que ayudarlos. En cierto sitio, la Chepa ya no pudo más y dijo: "Ay, compañeros, yo no aflojo; pero ya no aguanto mis paticas!" Mientras tanto, otras mujeres bajaban cogidas de las manos, con María Barberena adelante y de lado, de lado, pero rapiditas. En esa forma tuvieron menos incidentes que los varones.

Antes de llegar "al bajo", en uno de los recodos de la carretera, muy cerca de San Isidro, nos encontramos con un hombre montado en un caballito blanco que venía a encontrar "a los linieros de Fallas": era don Jorge Mora Benavides, quien por entonces era el Jefe Político de San Isidro. Poco tiempo después llegó Rodolfo Aymerich con su "chiva" a recoger a algunos linieros enfermos o agotados. La Chepa fue la primera en abordar el vehículo y la siguieron otras mujeres y hombres de los más cansados.

Un poco más allá de "La Palma", barrio rural de San Isidro, encontramos de nuevo a Aymerich con su chiva que volvía a recogernos. Volvió Aymerich y nos invitó a subir a la "chiva", pero del grupo por supuesto, nadie quiso subirse. Aymerich nos miraba sonriendo, casi nos rogaba que subiéramos. "En fin", dijo uno del grupo, "ya estamos en San Isidro, hemos cumplido..."

Cenamos con tamales en la casa de la escuela. Dos incidentes se presentaron a esa hora: un perro que andaba por allí cayó en el estañón donde se calentaban los tamales. El pobre animal pegaba alaridos y chapaleaba en el agua caliente, salpicando a los que le quedaban más cerca. Todos gritábamos: "Jodido, saquen ese perro ;...! Qué hijo de p..., a la hora que se le ocurrió bañarse y en los tamales, el gran desgraciado!"... El otro incidente lo ocasionó "Chontales", pues a pesar de la absoluta prohibición, se fue apareciendo con dos botellas de guaro, una en cada mano, "pa' echarme mi trago porque yo no puedo comer nacamales sin trago y pa' venderle al compañero que guste".

Al verlo Fallas, lo reprendió, lo quitó las dos botellas y golpeando una con la otra las hizo pedazos... Chontales aspirando a todo pulmón el olorcito del guaro, alzó la cabeza hacia Calufa y serenamente le dijo: "Vos sabes que yo soy muy hombre, que

no hay mona que me pegue tres brincos. Sólo vos, jodido, me podes hacer estas chanchadas". Y carcajeándose le dio unas afectuosas palmotadas por la espalda a Calufa y se sentó a tragarse el "nacatamal" sin tirarse su tradicional trago. Así era el respeto cariñoso .y la estimación que los viejos linieros le profesabamos al camarada Carlos Luis Fallas.

Unos dormimos en las dos aulitas maltrechas de la escuelita; otros, en el rancho de "Paquito" y algunos en la plaza.

Las mujeres durmieron en el Hotel Central. Dicen que la Chepa, desde que puso la cabeza en la almohada, comenzó a dormir y roncar. Pero antes de acostarse habló con el chinito del hotel para que le dejara listo todo lo necesario para el desayuno. A las dos de la madrugada, la Chepa y otras compañeras, ya estaban bañadas y en movimiento en la cocina. Pronto repartieron el desayuno, compuesto de una rica "burra", arepa y cafecito caliente. No toda la gente desayunó en la cocina de la Chepa; otros lo hicieron donde "Paquito" y en la escuela. A las cuatro de la mañana, nos encontrábamos en el parque y ya empezaba a salir "para adelante" la primera gente. El sol apenas comenzaba a nacer.

Don Rómulo Salas y doña María, su esposa, visitaron a la columna e invitaron a Fallas a ir a dormir a su casa. Fallas llegó a San Isidro muy agotado debido a que el paludismo lo estaba atacando fuertemente.

Esta noche doña María le dio una frotada a Fallas para que se recuperara. En efecto, muy temprano del día siguiente, Fallas se encontraba en la plaza, listo para reiniciar la marcha.

Ningún incidente ni accidente sufrimos en la travesía del Cerro de la Muerte. Fueron jornadas agotadoras, tanto por las interminables cuestas como por el frío, que nos hacía tiritar de pies a cabeza. Pero la inmensa columna no desmayaba.

El 11 de octubre, vísperas de la entrada de la columna a la capital, en un cruce del camino, antes de llegar a El Tejar, se detuvieron los que encabezaban la marcha. Desde lejos se podía ver a Calufa parlamentado con un grupo de militares que traían, según lo supimos luego, un recado urgente del Presidente Teodoro Picado: se nos informaba que, en ese trayecto hasta Cartago, la columna sería ametrallada por elementos de la reacción, ya preparados, y que si podíamos llegar a la ciudad, se desataría una carnicería humana. El Presidente nos hacía saber que lamentaba que los militares de su Gobierno no estuvieran en condiciones de proteger a la columna y nos aconsejaba que nos desviáramos hacia San José, a fin de no pasar por Cartago.

Cuando Eduardo Mora, que venía un poco rezagado, llegó al cruce, Fallas lo esperaba para transmitirle el recado.

—Oí Lalo, lo que manda a decir el Presidente... ¿Cuál es tu opinión?

—Mi opinión es que la columna debe seguir su camino —respondió Eduardo tranquilamente, mientras se sacaba el sudor. Si estos señores militares no se encuentran en condiciones de proteger la columna, la sabremos defender nosotros solos. En todo caso, propongo que esto se decida colectivamente.

—Bueno, esa es también mi opinión —decidió Fallas— reunamos rápidamente a los camaradas responsables.

La reunión resultó innecesaria. En medio de vivas a Vanguardia Popular, los linieros presionaron para continuar la marcha sin hacer caso a las amenazas y dispuestos a hacerle frente a todos los peligros.

A la orilla de un cerco se detuvo la avanzadilla para conversar con dos viejitas. Eran las primeras de un grupo de personas que esperaban el paso de la columna Uniera. Las mujeres pudieron informar sobre lo que se decía en Cartago: que la ciudad sería invadida por una turba de forajidos comunistas, violadores, ladrones y asesinos, quienes llegaban a capturar el Gobierno; que los hombres hablaban de esconder a sus hijas y de guardar todo lo que tuviera algún valor, para que no lo robaran los comunistas, jefeados por Carlos Luis Fallas y Eduardo Mora.

Los enemigos del pueblo, los enemigos de los trabajadores, se habían dedicado a una campaña de calumnias, de infamias, a una campaña de terror moral. Ya en San José estaban los negocios y las vitrinas protegidos con grandes barrotes de hierro, enormes candados y gruesas tablas. Eran los días de: "no le compre, no le venda, no le hable", consigna de combate de la reacción, contra todo aquel que apoyaba las Garantías Sociales y el Código de Trabajo.

Pero, a pesar de tanto que se decía, las madres campesinas de Cartago, los padres trabajadores, no se habían dejado convencer. Y allí estaban, a la vera de sus cercos, viendo pasar a los linieros.

A cada una de las brigadas, a cada uno de los Comandantes, a uno por uno de los linieros, se les exigió mantener el mayor respeto y la más alta disciplina en Cartago, pero también se les advirtió que no debían permitir la menor provocación.

Ahora Eduardo Mora (con "Palo d'iule" siempre con la bandera en sus manos) guiaba la columna; todos marchábamos en completo orden, listos a las llamadas de la corneta y a las órdenes de Eduardo.

Durante todo el camino a la ciudad, apostados a las puertas y a las orillas de la carretera, la gente saludaba. Se agitaban las manos de los hombres, de las mujeres, de los niños y de las niñas; ramitas verdes, con flores, también se agitaban al aire y eran lanzadas luego a la columna. Los linieros respondíamos emocionados con saludos y vivas al pueblo de Cartago.

Ya en la ciudad, las aceras estaban llenas de gente que había acudido a recibirnos y por ningún lado se notaba la hostilidad anunciada. Por el contrario, los rostros reflejaban alegría y simpatía; hasta las más lindas mujeres nos abrazaban y besaban sin reparar en nuestro aspecto cansado y sucio.

En filas de cuatro en fondo nos dirigíamos al Club del Partido, en tanto un grupo de señoras y señoritas, muy bien ataviadas y finas, nos repartían refrescos, dulces y helados conos: eran las hijas y las esposas de algunas de las familias más ricas de Cartago.

Sin perder mucho tiempo la columna siguió su marcha hasta Tres Ríos. Nos recibió una delegación del Comité Central y el camarada Arnoldo Ferreto nos saludó con un buen discurso, en nombre del Partido.

Carmen Lyra, Gladys Sáenz, Luisa González, la profesora Emilia Prieto y otras estimables mujeres nos sirvieron la cena que desde San José mandó el Partido. Esa noche dormiríamos en la Escuela.

El día que llegamos se celebraba un turno: aquello estaba que quemaba: música, bailes, tamales, "gallos" y "bebedera". Tantas luces y tan animada alegría nos entusiasmó a todos los que veníamos de la Zona Bananera, en donde las fincas, sin luz eléctrica, parecían tumbas inmensas abiertas en la noche donde la única diversión era la borrachera que nos pegábamos en el "*Llamaron*" y en el "*Resbalón*", en compañía de mujeres de la vida. Ni qué decir que aquel enjambre de bellezas de Tres Ríos, adornadas con sus mejores galas, nos causaron grata impresión. Cada uno meditaba para sus adentros.

Y ya en la escuela, los ocultos pensamientos salieron a la luz.

—¡Hermanos, esto está lindo! —exclamó Chico Cortés— pero yo todo manchado y como ando con estos "burros" clavados con "chimbolos", ¿cómo me voy a meter a la fiesta?

—Yo tampoco podré con estos trapos de "periquear" —dijo otro.

Cada uno expresaba su desilusión, aunque, por supuesto, no faltaron los "pericos" que sí estaban dispuestos a "meterse a la fiesta" de cualquier manera. ("Perico" era el mote despectivo con que en la YUNAI se había bautizado a los trabajadores que fumigaban los bananales con caldo bordelés: solución de agua, sal y sulfato de cobre, que tiñe de verde y huele a diablos).

La animación empezó a crecer en torno a estas ideas. Se organizaron pequeños grupos de ayuda para los compañeros que estaban dispuestos a darse la vuelta por el turno; se vaciaron los bolsillos, hasta el último céntimo (muy pocos por cierto).

Pero como se dice en refrán parafraseado, "una cosa pensaban los bananeros y otra cosa Fallas y Mora". Con gran sorpresa para todos Calufa anunció "Compañeros, nadie saldrá de la Escuela. Deben de comprender que esta disposición es de conveniencia para ustedes, con el fin de evitar faltas de disciplina y de impedir que cualquiera se quede enredado en Tres Ríos.

Con el propósito de asegurar el cumplimiento de la orden, se organizó la vigilancia, colocando como centinelas a los compañeros más responsables y respetados.

Pero, ocurrió como siempre: "contra siete virtudes hay siete vicios": unos cuantos pudieron burlar la vigilancia para divertirse a sus anchas en el turno. Pero ya en la calle, lo que tuvieron fue un problema con un lance criminal: unos opositoristas hirieron a alguien, dándose luego a la fuga, y, en plena huida, los sorprendió el grito de los linieros: "párense, no corran, cobardes". Enseguida los capturaron y los entregaron a la policía.

Mientras tanto en la escuela, echados a todo lo largo, los demás descansaban y contaban chiles "picantes y dulces"; se chanceaba con los nicas.

—Oye, nica, general de cuántas estrellas sos vos allá en "pinoles"? —le preguntó Talí al Peludo.

—Te jodiste —contestó el otro— En Nicaragua sólo hay un general: Tacho.

—Pero bueno ¿cómo llegó a general y a Presidente Tacho? —insistió Talí.

—Pues, muy fácil hombre — continuó el Peludo. Es una historia muy interesante: se "echó" a San-dino y llegó a general; después dicen que se "enroló" con la vieja de un embajador yanqui y eso lo empujó a la Presidencia...

Sonaron las carcajadas... pero Talí ingeniosamente resumió:

—Quiere decir que el Somoza es hijo de un asesinato y nieto de un braguetazo...

¡Basta, basta!.. Dejen dormir, protestaron por otro lado.

A las cinco de la mañana siguiente caminábamos para San José, siempre animados y decididos a enfrentarnos a cualquier situación. Desayunamos en el Sesteo de Curridabat.

La columna liniera, con su arrojo y decisión, había despertado en todas las personas amigas del pueblo y partidarias del progreso, una gran admiración. Las gentes que apoyaban la Reforma Social llegaban llenas de júbilo a encontrarse con la columna. Los profesores Miguel Angel Vidaurre Rosales y don Virgilio Caamaño, entonces

visitador de escuelas, se adelantaron a topar la columna en Curridabat. La presencia de Vidaurre hizo brotar a raudales el entusiasmo de los guanacastecos, sus coterráneos; pero el momento más emocionante fue cuando Estanislao Obando, de San Antonio de Nicoya, y Reynaldo Matarrita, de Caballito de Nicoya, se le echaron encima con un cariñoso abrazo. Es que Tánico y Rey habían sido sus discípulos: "Nosotros vivimos agradecidos con don Miguel. Las pocas letras que "mascamos" se las debemos a él. Pues no se crean que don Miguel es de ayer. Bastantes años le han caído encima, aunque lo vean tan fresquito", dijeron.

En San Pedro, desde el umbral de una pintoresca casita, nos saludó don Mariano Cortés, un agricultor muy rico pero que se decía simpatizante de la Reforma Social de Costa Rica.

Entre los vítores y la alegría de hombres y mujeres del pueblo, la columna avanzaba con paso firme hacia la ciudad capital.

Tras las ventanas de los edificios se veían los rostros: unos sonrientes, con amables expresiones de simpatía; otros visiblemente antipáticos, de aspecto congestionado por la bilis que les producía el odio hacia nuestro pueblo, al que magníficamente representaba la columna.

Por fin, el 12 de octubre de 1947, como a las nueve de la mañana entramos a San José: bajamos por la Avenida Central hasta la calle Primera; doblamos a la derecha, volvimos a doblar, pasamos por delante de la Embajada de los Estados Unidos, y doblamos en la esquina de la Iglesia del Carmen; salimos a la del Correo y de allí seguimos hasta la Plaza del Pacífico; sin detenernos continuamos hasta el Paseo de los Estudiantes, subimos hasta la Plazoleta de la Iglesia de la Soledad y bajamos hacia el Parque Central.

Prácticamente nos paseamos por todo San José. Vibraba el aire con los potentes "vivas" al Partido Vanguardia Popular. La gente que marchaba por las aceras respondía con gran entusiasmo; las manos enlazadas unas con otras; los puños en alto señalando hacia el porvenir; se apretujaba la gente; hombres y mujeres marchaban al lado de los linieros gritando: "¡Aquí estamos, hermanos, juntos venceremos!"

En el Parque Central, aquella mañana fresca y perfumada, todo era fiesta, todo era alegría. El pueblo se había congregado allí para proclamar solemnemente su decisión de defender las Garantías Sociales y el Código de Trabajo recién promulgados: las conquistas más hermosas y más humanas de nuestro pueblo, en el primer cincuentenario de este siglo.

Manuel Mora estaba parado en la esquina frente al Parque presenciando la entrada de los linieros. Ya se habían alineado todos formando un reluciente arco con las "rulas" de acero en alto, muy limpias, bien despalmaditas, con un "relés" de dos centímetros de finísimo filo, capaz de cortar pelos en el aire. El arco se había formado para que



Manuel Mora desfilara por debajo. Lo invitamos y Manuel rehusó la idea, pero como él no podía hacer más que la voluntad del pueblo, se vio obligado a desfilarse. En ese momento los aplausos atronaron, los vivas a Vanguardia Popular se elevaron hasta el cielo, los vivas a los linieros, al Código de Trabajo, a las Garantías Sociales y vivas a Costa Rica. Los ánimos hablaban de alegría, de decisión, de coraje y de victoria.

(En la mente de los linieros, en ningún momento privó la idea de usar las "rulas" para cortar cabezas. Las habíamos traído como armas de defensa y también por el peligro de encontrar fieras carniceras durante el trayecto de montañas que debíamos atravesar en la marcha a pie hasta la capital. Las fuerzas reaccionarias han utilizado, en contra de la verdad, fotografías de ese desfile, en las que aparecemos los linieros sucios y cansados de la jira a través de las altas montañas, hasta San José. A nadie ofendimos, a nadie humillamos, ni menos golpeamos ni herimos).

El primero en hablar fue el profesor Carlos Luis Sáenz. Nos lo imaginábamos como un gigante, pues solamente conocíamos su nombre, que aparecía constantemente en "TRABAJO", el periódico del Partido hasta 1948. Pero de cerca vimos un hombre delgado, no muy alto, de aspecto sencillo y humilde. Calmado el clamor que lo recibió en la tribuna, el poeta comenzó diciendo: "Hombres que cultiváis la tierra con la tosca herramienta, a vosotros uno mi pluma, mi pensamiento y mi corazón; con vosotros están todos los intelectuales consecuentes con el progreso; con vosotros están todos los hombres honrados de mi país; juntos lucharemos en la defensa de los derechos de los trabajadores, por la libertad de nuestra Patria".

Después de que Carlos Luis habló, fue llamado a la tribuna Manuel Mora, Secretario General del Partido Vanguardia Popular, quien denunció las maniobras de la oposición y la alianza de la oligarquía con las compañías imperialistas. Demostró que toda la maraña política de la oposición no era otra cosa que una conspiración organizada y que tarde o temprano se lanzaría la reacción contra las Garantías Sociales y el Código de Trabajo. Con el aplauso y el entusiasmo trepidantes de aquella grandiosa manifestación, Manuel Mora llamó al pueblo a prepararse para defender sus conquistas sociales. Y en efecto, en 1948 cuando la reacción, apoyada por el imperialismo, se lanzó a la lucha armada, los obreros y campesinos conscientes, dirigidos por el Partido Vanguardia Popular, fueron a las líneas de fuego. Miles arriesgaron sus vidas en esta ocasión.

Veinte años después, todavía están en vigencia las Garantías Sociales y el Código de Trabajo, indestructibles y al servicio de todos.

Inmediatamente después de haber cesado el fuego de la guerra civil, tras el Pacto de Ochomogo, se cometieron muchos asesinatos de milicianos vanguardistas detenidos en los cuarteles. Larga tendría que ser la lista de personas sacrificadas y no es este el momento de nombrarlas, pero sí se me presenta fuerte el recuerdo de Octavio Sáenz, Comandante de la columna Uniera de Quepos, combatiente vanguardista, quien fue sacado del cuartel de Limón, a la medianoche, para ser asesinado en "El Codo del

Diablo", junto con Federico Picado, diputado electo, Lucio Ibarra Aburto y Tobías Vaglio, también combatientes vanguardistas. El asesinato de estos cuatro camaradas es una de las tragedias que los comunistas pagamos para que el pueblo disfrute hoy de Seguro Social, preaviso, cesantía, vacaciones pagadas, etc., y junto con el pueblo, para que también disfruten de esto altos empleados particulares y públicos.

El sacrificio que hizo Vanguardia Popular, al desarmarse, evitó a Costa Rica la humillación de verse invadida por los "marines" yanquis de Panamá y por la Guardia Nacional de Somoza. En todo este capítulo de la lucha por la reforma social, la columna ocupa un lugar de honor.

Cuando Manuel Mora terminó su discurso, a los acordes del Himno del Partido Vanguardia Popular, ejecutado por la banda de la Juventud Vanguardista, organizamos un desfile hacia la Confederación de Trabajadores de Costa Rica (C.T.C.R.). La Chepa y Obdulia llevaban las tinas de recoger café; la Chita cargaba un chorreador gigante y la "Chiquilla", alegremente desfilaba con la enorme bolsa para chorrear. Se veían algunos linieros con los sacos al hombro, en los que habían transportado el café, el azúcar, el pan y el queso desde las playas de Dominical hasta San Isidro de El General. El pueblo nos despedía con bulliciosos aplausos.

En la Confederación estaban esperándonos Rodolfo Guzmán, Secretario General, Jaime Cerdas y otros camaradas. Allí se había preparado un buen almuerzo: en estañones se cocinaba arroz, frijoles, sopa de legumbres con carne, carne sudada y también se habían hecho refrescos naturales. Las compañeras y compañeros que nos servían no daban abasto.

Los linieros comentábamos con entusiasmo el discurso de Manuel: "Si como dice Manuel, la reacción desatara la lucha armada, peharemos", decíamos mientras con el mejor de los apetitos íbamos consumiendo los alimentos servidos.

Por la noche obsequiamos con una serenata a Manuel Mora, frente a su casa. A ella asistieron todos los miembros del Comité Central del Partido. Cantamos canciones revolucionarias y canciones populares; bailamos y echamos vivas a Vanguardia Popular. El Partido obsequió helados y refrescos. Aquella serenata se convirtió en una verdadera fiesta del pueblo, sincera y alegre, como no se ha vuelto a ver en muchos años.

Unos dormimos en la Confederación y otros en el campo de concentración; éste se encontraba ubicado en la avenida 10, cerca del Cementerio, por donde, en la actualidad amontonan tubos de hierro. (Se habilitó para concentrar a los nazis, en tiempo de la segunda guerra mundial).

Al día siguiente, la columna hizo viaje hacia Puntarenas. Recuerdo que al llegar al puerto a las tres de la tarde de un día lluvioso, bajo un chaparrón bañado de sol, la columna se dividió: una parte iba para Puerto Cortés; zarpamos bajo el cuidado de

Fallas; el chaparrón apenas nos cubrió durante el trayecto del estero al mar. Luego se nos presentó buen tiempo hasta el final del viaje. El otro grupo iba para Quepos y salió más tarde bajo la dirección de Eduardo Mora.

Todos llegamos comentando que el discurso de Manuel había puesto en claro la línea que seguiría el Partido. En las plantaciones, en lo sucesivo, los trabajadores comprendieron que la defensa de las Garantías Sociales y el Código de Trabajo reclamaría muy duros sacrificios y todos estuvimos dispuestos a hacerlos, aún a costa de perder la vida.

En efecto, cuando se desató la lucha armada, la columna se agrandó con otros miles de linieros y en ella sucumbieron muchos centenares de hombres: Estanislao Obando, Pedrito Mora, Félix Gallo, José Aviles, etc. Merece mención especial el mártir Rodolfo Aymerich, quien generosamente recogía en su "chiva" a los linieros cansados.

Carlos Luis Fallas estuvo al frente de la columna en esa ocasión y, sin ser militar, jugó un papel de buen comandante, inteligente y humano, con un valor a toda prueba, leal a su Partido, a su clase y a su pueblo. Hoy descansa en paz, pero no ha muerto para nosotros: sigue viviendo en nuestro Partido Comunista.

La columna liniera se comportó con valentía, decencia y patriotismo. La Historia tendrá que reconocer en sus páginas este recorrido desde las bananeras del Pacífico Sur hasta la capital y, con ello, el papel que representó para defender las reformas sociales de Vanguardia Popular. También la Historia tendrá que recoger las hazañas de la columna durante la Guerra Civil. Sobre ellas me gustaría escribir en otra oportunidad.